

ALISSIOBATO NIMERA ERRENSA

Propaganda gratuita de  
buenas lecturas para  
el pueblo.



PAN

CATECISMO

VI

JUNIO - 1892



N485  
3  
892  
1

22  
38

Guillermo Herrero y Compañía, Libreros-Editores. —Méjico.

PN485

P3

1892

C.1

6022

38



1080021553



EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

VI  
SEGUNDA EDICIÓN

PAN

Y

CATECISMO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Alfonso de Tellez  
Asociación Universitaria

MADRID

IMPRENTA CATÓLICA DE A. R. DE CASTROVIEJO

CALLE DEL FOMENTO, NÚM. 13

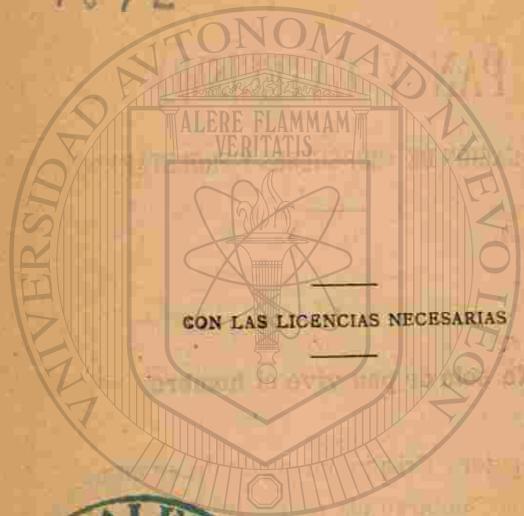
1892

46022

PN 485

P 3

1892



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## PAN Y CATECISMO

(CONTINUACIÓN DE «BURGUESES Y PROLETARIOS»)

I

**No sólo de pan vive el hombre.**

El zapatero Crispín no aguardó ni aun á que se sentaran los socios de San Vicente de Paúl, encarándose con ellos apenas los vió entrar en su sotabanco.

—¿Sabe V., D. Vicente, que, como esta pícara enfermedad no me deja echar unas remontas ni medias suelas, me paso el día y la noche cavila que te cavilarás, pensando en cuanto Vds. me dicen, y el remedio no parece?

—Hombre, sí; que cumplan con sus deberes pobres y ricos, y ya tiene V. resuelta la pavorosa cuestión social.

009538

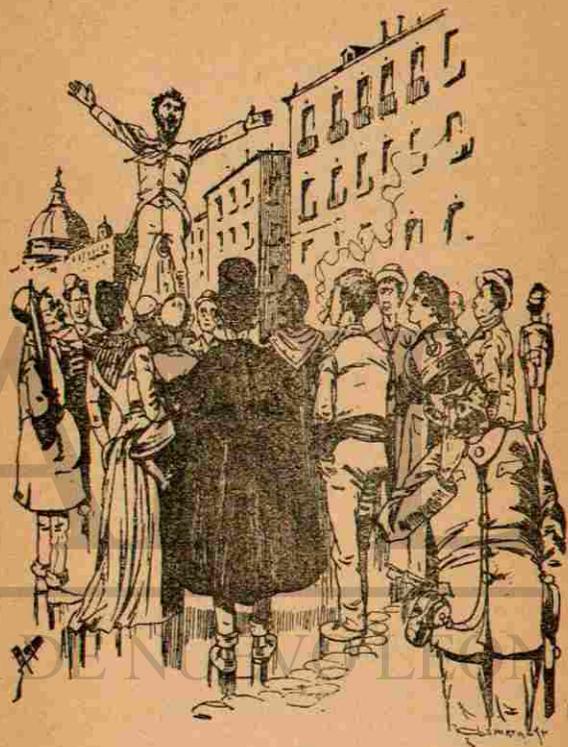
—Ta, ta, ta, ¡ pues eso es lo que yo no veo fácil! Que todo el mundo cumpla con su deber; que los ricos repartan sus bienes entre los pobres, y que los pobres, cuando se mueren de hambre y saben que por ser los más tienen el remedio en la mano, no se tomen por sí mismos lo que voluntariamente no quieren darles los ricos. Aquí veo yo la dificultad.

—Y la ve V. perfectamente (dijo Juanito), pero es porque unos y otros, pobres y ricos, hemos olvidado para qué hemos venido al mundo.

—¡ Toma! Pues eso lo saben hasta los chiquillos: para comer, beber, dormir bien y gozar todo lo que se pueda.

— Pues ahí está el error, amigo Crispín (añadió D. Vicente), y por eso la solución es difícil. De tal manera han olvidado todos el Catecismo, que nadie recuerda, ni reconoce y confiesa, para llevarlo á la práctica, que el hombre no ha sido creado para eso, pues entonces no habría diferencia esencial entre un hombre y un cerdo. Este devora la pitanza que le adoba su dueña, ó las bellotas que le llueven de la encina, gruñendo y sin siquiera levantar los ojos para mirar al que le sustenta. Y el

hombre moderno está ya convertido en un cerdo de las piasas de Epicuro, que no piensa más



Orador anarquista: «Señores, todos los bienes son comunes.»—Un polizonte. «Ojo al bolsillo, que los relojes vuelan.»

que en gozar, gozar y gozar, para lo que busca y necesita una sola cosa; dinero, dinero y dinero.

—Conformes; por eso los pobres queremos que se cuente con nosotros; y ya que hemos venido á gozar y divertirnos, que gocemos y nos divirtamos todos.

—Tendría V. razón sobrada si para eso hubiésemos sido creados; pero como no es así, como el hombre ha sido creado para conocer, amar y servir á Dios en esta vida, y mediante todo esto salvarse y gozar de la bienaventuranza eterna, la consecuencia de V. no es lógica.

—Pues si así fuese, amigo D. Vicente, que nos entreguen los ricos sus bienes á los pobres, y nosotros les regalamos esa bienaventuranza eterna, toda entera para ellos.

—Blasfema V. de lo que ignora, Crispín, y renuncia V. á la primogenitura de la gloria por un miserable plato de lentejas.

—Yo no renuncio, D. Vicente; pero como los duelos con pan son menos, quisiera tener dos glorias: una en este mundo dándome vida de príncipe, ó por lo menos de canónigo, y otra en el otro, entrando con botas y espuelas en la gloria.

—Pues no sabe V. lo que se pesca, porque únicamente de los pobres de espíritu es el reino de los cielos.

—Es que pobre de espíritu lo sería yo también de buena gana, con tal de no serlo de bolsillo.

—Porque tampoco sabe en qué consiste la pobreza espiritual: pobre de espíritu es el que no tiene apego á las riquezas aunque sea riquísimo, y, por lo tanto, las posee y administra como Dios manda, gastando cuanto necesite para satisfacer modestamente las necesidades propias de su familia, con arreglo á su clase y condición social, y repartiendo lo sobrante, es decir, lo supérfluo, entre los necesitados y menesterosos.

—Pero como no lo hacen así...

—Peor para ellos: no entrarán en el reino de los cielos.

—Nada, nada, D. Vicente; lo mejor sería obligarles á que fuesen pobres de espíritu y de cuerpo, repartiendo lo que tienen los burgueses entre los proletarios.

—¿Se imagina V. acaso, Crispín, que todos los proletarios son verdaderos pobres de espíritu?

—Como que á la fuerza ahorcan.

—Pues no señor: la mayor parte de ellos, sobre todo los que sueñan día y noche con el reparto social, son ricos, riquísimos de espíritu y en toda clase de concupiscencias, tanto que me inspiran doble compasión.

—¿Por qué doble, si puede saberse, don Vicente?

—Porque en este mundo pesan sobre ellos todas las desventajas y trabajos de la pobreza, y, en cambio, tampoco disfrutarán en el otro de los premios reservados exclusivamente para los pobres de espíritu.

—Pues están divertidos: palo aquí y garrotazo allá; y es que á perro flaco todo son pulgas.

—No, señor; es que no de sólo pan vive el hombre, sino de la palabra de Dios, que vivifica y salva.

—Pues mire V., D. Vicente, donde no hay harina todo es mohina.

—Convenido: por eso nuestro remedio abraza dos partes: PAN Y CATECISMO.

—Con lo primero se me figura que basta.

—Yo opino lo contrario, y tengo más fe en la doctrina cristiana que en las panaderías,

porque éstas proporcionan un remedio, necesario para la vida indudablemente, pero al fin y al cabo pasajero, pues dos ó tres veces al día hay que comer forzosamente para reparar las fuerzas perdidas y vivir; pero el Catecismo es



¿Cuántos Dioses hay?

pan de vida eterna, contiene alimentos que no necesitan aderezo, ni calentarse, que sientan bien á todos los estómagos y que matan todas las hambres de la vida.

—Pues si Vds. no fueran á casa de los pobres llevando los bonos de pan, arroz y carne

por delante, no entrarían, ni nadie les haría el menor caso; lo sé por propia experiencia. La necesidad, el hambre, que tiene cara de hereje, me obligó á permitir á Vds. la entrada en esta su casa.

—Ya lo sabemos, que las Conferencias no se han instituido para ángeles, sino para hombres de carne y hueso, con todas las miserias que la humanidad lleva consigo; pero entienda V., ahora que ya nos hace justicia hasta el punto de poner á nuestra disposición su casa, que la limosna de menos precio es la corporal; perseguimos preferentemente la limosna espiritual, porque la pobrecita alma de los pobres es más digna de compasión que su triste cuerpo, caduco, perecedero, y destinado al fin á convertirse en polvo.

—Ya me figuraba yo que había gato encerrado en todo esto, porque si no, ¿ á qué santo tomarse la molestia de subir todas las semanas, y á veces más á menudo, junto al tejado, y pasar horas y más horas entre los pobres? Y me alegro de que sean Vds. francos, porque á mí me gustan las cosas claras y el chocolate espeso. No me lo nieguen Vds.: Vds. persiguen algún fin político.

—Sí, Crispín, sí; nosotros perseguimos el gran fin político de nuestra propia salvación y de la ajena. ¿ Le parece á V. pequeña política la de asegurar para V. y para nosotros una felicidad completa y sin término en la otra vida, ya que la vida presente se desliza sin remisión para todos en un valle de lágrimas?

—¿ Y Vds. qué pito tocan en todo esto? Porque aquí los favorecidos somos nosotros; pero ustedes, ¿ á qué santo?

—Otro error gravísimo, Crispín el bueno; nosotros vamos á casa de los pobres á practicar las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales, porque los deberes de caridad pesan sobre nuestra conciencia lo mismo ó más, si bien se mira, que los deberes de justicia. Obligación tenemos todos de no matar, de no robar, de no calumniar, de no desear la mujer de nuestro prójimo, etc.; pero la misma, y hasta si se quiere mayor obligación, tenemos de dar de comer al hambriento, de enseñar al que no sabe, etc. Y digo *mayor*, porque en el terrible día del juicio final, el supremo Juez de vivos y muertos no dirá á los condenados: «Id, malditos, al fuego eterno, porque matasteis, porque robasteis», etc.; sino «porque tuve

hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estaba desnudo, y no me vestisteis; encarcelado, y no visitasteis», etc. Y todo esto quiere el Señor que se lo hagamos á Él en las personas de los pequeños, de los pobres y de los desgraciados. Con que, dígame V. con franqueza, Crispín, ¿quién gana más con estas visitas, ustedes ó nosotros?

—Hombre, pone V. las cosas de manera que, si á V. le dejan hablar, de seguro que no le ahorcan; pero eso, de su peso se cae; si no fuera por Vds., nosotros estaríamos ya muertos de miseria y hambre, ó, por lo menos, pudriéndonos en algún hospital; con que ate usted cabos.

—Y nosotros, ¿en dónde estaríamos si los pobres no se dignasen mirarnos á la cara, ni nos abriesen las puertas de sus casas, y sobre todo si nunca nos acordásemos para nada de que hay pobres en el mundo? Pues condenados para siempre, en este y en el otro mundo, por nuestra dureza de corazón. Con que desengáñese V., Crispín; ni el hombre vive de sólo pan, ni la mejor de las limosnas es la corporal, ni los favorecidos grandemente son los socorridos, sino los que socorren.

Don Vicente y Juanito no quisieron cansar más á la familia zapateril; despidiéronse hasta la siguiente semana, pidiendo á los zapateros por caridad y por honor que los dejasen volver, y aquellos desgraciados quedaron edificados y enternecidos, hasta el punto de dejar correr alguna lágrima por sus mejillas.

## II

**Caridad sí, pero filantropía no.**

PARA día de visita, y por quinta vez subieron don Vicente y Juanito al sotabanco de Crispín, dispuestos á discutir con él, para arrancarle poco á poco las malas hierbas del socialismo anárquico, que habían arraigado en su corazón más que en su cabeza. El zapatero estaba indignadísimo con un periódico en la mano, y leyendo en alta voz.

—A tiempo llegan Vds., señores; tomen asiento, y oigan esto, que pone los pelos de punta: «Doce mil obreros sin trabajo acudieron ayer á la repartición del pan en Viena. *Muchos cayeron al suelo desfallecidos de hambre.*»

Digan ustedes ahora que esto no clama al cielo.

—Vamos, Crispín, no convirtamos en gigantes los molinos de viento para tener luego el gusto de vencerlos, como D. Quijote, en singular combate. Posible es que todo eso sea exacto; posible que haya exageración grande en la noticia; y hasta posible que sea pura invención de los compañeros de V.....

—Pues las estadísticas inglesas, alemanas y rusas registran todos los años muchas de estas muertes.....

—¿Y las españolas?

—Yo no he oído decir nunca que los españoles dejemos morir á la gente de hambre.

—Pues saque V. la consecuencia. España es un país eminentemente católico, aunque se trabaja todo cuanto se sabe y se puede para descatonizarnos, y Alemania é Inglaterra son países protestantes, y Rusia país cismático, es decir, países en donde el Cristianismo está tan desnaturalizado, es tan acomodaticio, que ha perdido su virtualidad poderosa. La caridad, la verdadera caridad cristiana, que es toda amor, primero á Dios sobre todas las cosas, y después al prójimo por Dios, no tolera seme-

jantes iniquidades hasta contra naturaleza. Eso se queda para la *filantropía*, puro amor del hombre al hombre y por el hombre mismo, que es la moneda falsa de la caridad y que se funda sólo en los instintos animales, comunes á los individuos de la misma especie.

—Calle V., hombre, si el demonio tiene cara de conejo. ¡Pues no estaba yo persuadido de que eso de la caridad rebaja al hombre, es cosa de curas y frailes, y no sirve más que de trampantojo para engañar á los necios!

—Entonces, ¿qué se figuraba V. que era la *filantropía*?

—¡Toma! Para mí el *filántropo* era un semi-diós..... un hombre que vive sacrificándose por sus hermanos constantemente, y derramando caudales á manos llenas entre los pobres..... ¡Qué sé yo lo que se me antojaba á mí! Como estamos leyendo siempre en los papeles que el *filántropo* D. Fulano de Tal ha hecho esto, que el *filántropo* don Mengano de Cual ha hecho aquello, y *filántropo* por arriba, y *filántropo* por abajo, y que toma y daca con los *filántropos*....., la verdad, me figuraba yo que el ser *filántropo* era lo mismo que haber logrado ya en vida una estatua.

—Pues ha dado V. en el clavo, amigo Crispín. El filántropo trompetea todas cuantas obras benéficas ejecuta, porque, como las hace por el hombre y para el hombre, del hombre espera la recompensa; al paso que el hombre cristianamente caritativo procura que no sepa la mano izquierda los bienes que reparte la derecha. El filántropo humilla á los que socorre, alardeando de riquezas y de sentimientos generosos; la persona caritativa da primero el corazón, practica ambas clases de obras de misericordia, las espirituales y las corporales, pero subordina éstas á aquéllas por la convincente razón de que la salvación de las almas es necesidad más apremiante que la conservación de los cuerpos, y lejos de humillar á sus favorecidos, se humilla hasta ellos, desempeñando con ellos los más repugnantes oficios, como hacía San Francisco de Asís, curando y hasta lamiendo las llagas á los leprosos.

—¡Parece mentira!

—Pues es pura verdad; lo mismo, exactamente lo mismo que lo cuento.

—En cambio (observó Manuela), el jefe de la Federación de mi marido no le quiso dar la

mano una vez para no ensuciársela de cerote.

—No tanto, mujer, no tanto.

—Tú me lo contaste.

—Pues no hay que darle vueltas, Crispín; la caridad cristiana, enseñada y practicada desde sus albores por la Iglesia, es el único bálsamo que puede curar esta horrenda llaga social; que, como mancha de aceite que todo lo ensucia, se extiende más y más de día en día por todas las naciones.

—Eso de que la Iglesia haya de intervenir en las cuestiones del trabajo, no me llena, no me acaba de gustar, porque ¿qué entienden los curas de talleres y fábricas?

—Por lo visto no ha leído V. la Encíclica, amigo Crispín.

—Sí, pero no la he entendido del todo.

—Pues dice en ella el Papa que la religión y la virtud, que al parecer sirven sólo para la vida futura, hacen también feliz y hasta rico al hombre en la vida presente.

—Si eso fuera, ahora mismo me hacía religioso.

—Pues no le quepa duda, Crispín; y si no, lee, Juanito.

«Pero, fuera de esto, provee la Iglesia lo que va á convenir al bienestar de los proletarios, instituyendo y fomentando cuantas cosas entiende que pueden contribuir á aliviar su pobreza. Y sobresalió tanto en este género de beneficios, que la colman de elogios hasta sus mismos enemigos.

» Tanta era entre los cristianos de la antigüedad más remota la fuerza de la caridad, que muchas veces se despojaban de sus bienes los ricos para socorrer á los pobres, y así *no había ningún necesitado entre ellos*<sup>1</sup>. A los Diáconos, Orden instituída precisamente para esto, dieron los Apóstoles el cargo de ejercitar cada día los oficios de la caridad. Los dineros que los cristianos, cuantas veces se reunían, voluntariamente daban, los llamaba Tertuliano *depósitos de la piedad*, porque se empleaban *en alimentar en vida y enterrar en muerte á los necesitados, á los niños y niñas pobres y huérfanos, á los ancianos que tenían en sus casas y también á los naufragos*<sup>2</sup>. De aquí poco á poco se fué formando aquel patrimonio

1 Actor., IV, 34.

2 Apol., II, XXXIX.

que, con religioso esmero, guardó la Iglesia como propiedad de familia de los pobres.»

### III

#### Las sanguijuelas de la caridad.

CON eso sí que no estoy conforme, amigo don Vicente; los frailes, monjas, beatos y beatas de toda clase, son unos holgazanes, las sanguijuelas que viven de la sangre que echan al pobre.

—Blasfema V. de lo que ignora, amigo Crispín. Todos los institutos religiosos, antiguos y modernos, han sido, son y serán siempre el brazo de que la Iglesia se sirve para el ejercicio de la caridad, es decir, para poner en práctica toda clase de obras de misericordia, espirituales y corporales.

—Ellos sí que viven y engordan á expensas de la caridad.

—No diga V. tonterías. ¿Le parece á usted grande obra, no solamente de misericordia, sino de civilización, *enseñar al que no sabe*, difundir las ciencias y las letras?

—Ya lo creo; si no hubiese tanta ignorancia, no jugarían los curas y Gobiernos con nosotros como juegan.

—Pues bien: solo para el logro de tan grande obra, ha fundado la Iglesia, y funcionan en la Cristiandad, los *Escolapios*, de San José de Calasanz; los *Jesuitas*, de San Ignacio de Loyola; los *Dominicos*, predicadores de Santo Domingo de Guzmán; los *Clérigos* y Hermanos de la vida común, de Gerardo Groot; los *Barnabitas*, que se dedican preferentemente á la instrucción de seminaristas; los *Somascos*, de San Jerónimo Emiliano, para los eclesiásticos jóvenes y niños; la *Congregación de Nuestra Señora*, de Pedro Fourrier, para jóvenes de ambos sexos; la *Orden de la Doctrina Cristiana*, de San Hipólito Galanti; la *Congregación del Oratorio*, de Berulle; la *de San Carlos*, para los niños pobres; los *Hermanos de la Providencia*, los *de la Caridad* y los *de las Escuelas cristianas*, de La Salle, para niños; los *Salesianos*, de don Juan Bosco, para jóvenes desamparados, á los cuales recogen é instruyen, enseñándoles además algún arte ú oficio; para niñas, las *Escolapias*, las *de Jesús y María*, las *Salesas*, las *de Nuestra Señora de*

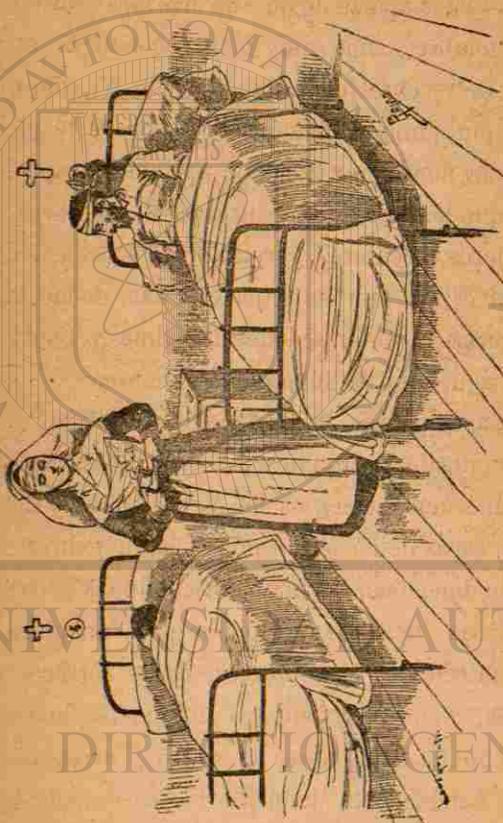
*Loreto*, las *Hermanas de la Doctrina Cristiana*, de Vabelot; las *Hermanas de la Caridad*, de Rosmini; las *Carmelitas de la enseñanza*, etc., etc., porque sería cuento de nunca acabar hacer mención de todos los Institutos religiosos de hombres y mujeres consagrados á la enseñanza y á la difusión de la ciencia.

—¡Caramba! ¡Qué memoria tiene V., don Vicente!

—Pues, según Keller, en un libro que publicó aquel año, las Congregaciones religiosas instruían en 1880, sólo en Francia, á 2.209.919 niños, y prestaban sus auxilios á 200.700 personas, distribuidas de la siguiente manera: en los hospicios y hospitales, 114.259; en las casas de huérfanos ó de obreros, 60.265; en las llamadas casas de refugio, de preservación y de corrección, 11.815, y en los asilos de dementes y sordo-mudos, 14.361. De manera que son incalculables los beneficios que debía Francia á estos religiosos, consagrados á la educación y socorro de *dos millones y medio* de sus habitantes más necesitados.

—Todo eso es muy bueno; pero ustedes

saben mejor que yo, que dame pan y dime tonto, y yo no sé que los curas, frailes y bea-



La caridad cristiana.

tos hayan hecho nunca nada, ni menos hagan ahora, por nuestros cuerpos miserables. Ellos

si que están reventando de salud y de gordos, mientras nosotros perecemos de miseria y de hambre.

—Pues aparte de que no de sólo pan vive el hombre, como muy bien sostenía el otro día D. Vicente (contestó Juanito), V., amigo Crispin, aunque es zapatero, sobre este particular no sabe en donde le aprieta el zapato, porque los Institutos religiosos de hombres y mujeres, seculares y regulares, eclesiásticos y laicos, se han anticipado á casi todas las miserias y enfermedades del alma y cuerpo que aquejan á la humanidad doliente.

Casas-cunas, salas de asilo, talleres de aprendizaje, patronatos de aprendices, casas de huérfanos, colegios de sordo-mudos y ciegos, casas de locos, hospitales para toda clase de dolencias, las más nauseabundas y contagiosas inclusive, hospicios para ancianos, convalecientes é incurables, casas correccionales, colonias agrícolas, Conferencias de San Vicente de Paul, casas de retiro y arrepentidas, beneficencia domiciliaria, asistencia de enfermos en sus propias habitaciones, Hermanos de la Paz y Caridad para asistir hasta el último terrible trance á los ajusticiados, re-

dención de cautivos, salvamento de naufragos, compra de niños condenados á segura muerte, montes de piedad, velas y enterramiento de difuntos.... ¡qué sé yo!..... Desde que el hombre abre los ojos á la luz del día, hasta que los cierra para siempre, la caridad cristiana, ejercida sin cesar por los Institutos religiosos, le sigue y hasta le persigue, con maternal solicitud y sin abandonarle un punto, para endulzar las amarguras naturales de su peregrinación por este valle de lágrimas.

—Muy bien dicho, Juanito, muy bien dicho; y si no, ¿en nombre de quién estamos nosotros aquí, más que en nombre de la santa caridad cristiana, amigo Crispín?

Manuela lloraba en silencio, y Crispín, encendido el rostro de vergüenza, no se atrevía á levantar los ojos del suelo. Comprendiendo la pareja que sería imprudente insistir más aquel día, repartió los bonos, dejó además un bonito y barato devocionario en manos de Manuela, y se despidió hasta la semana siguiente.

### La tabla de salvación.

LA otra tarde me llegaron Vds. á conmovier, amigos míos, y estuve á pique de pedir á ustedes que me trajeran un cura para confesarme de toda mi mala vida pasada; pero luego pensé..... pensé..... fui atando cabos..... y me dije: — Bueno; la propiedad privada será tan natural como justa, la desigualdad de fortunas irremediable, tanto que no faltarán nunca pobres y ricos, como tampoco harán falta jamás sanos y enfermos; pase eso de que la caridad cristiana es el gran remedio de nuestros males; pero ¿por qué se nos ha de estar siempre sermoneando á los pobres que tengamos resignación y paciencia, que no atentemos contra los bienes ajenos, que renunciemos á la revolución social, y más aún á los motines anarquistas, y se ha de dejar en paz á los Gobiernos y á los ricos para que exploten á los obreros y campesinos por sus respetos?

—Eso no es verdad, amigo Crispín; antes al contrario, en la Encíclica que dejé á V. el

dención de cautivos, salvamento de naufragos, compra de niños condenados á segura muerte, montes de piedad, velas y enterramiento de difuntos.... ¡qué sé yo!..... Desde que el hombre abre los ojos á la luz del día, hasta que los cierra para siempre, la caridad cristiana, ejercida sin cesar por los Institutos religiosos, le sigue y hasta le persigue, con maternal solicitud y sin abandonarle un punto, para endulzar las amarguras naturales de su peregrinación por este valle de lágrimas.

—Muy bien dicho, Juanito, muy bien dicho; y si no, ¿en nombre de quién estamos nosotros aquí, más que en nombre de la santa caridad cristiana, amigo Crispín?

Manuela lloraba en silencio, y Crispín, encendido el rostro de vergüenza, no se atrevía á levantar los ojos del suelo. Comprendiendo la pareja que sería imprudente insistir más aquel día, repartió los bonos, dejó además un bonito y barato devocionario en manos de Manuela, y se despidió hasta la semana siguiente.

### La tabla de salvación.

LA otra tarde me llegaron Vds. á conmovér, amigos míos, y estuve á pique de pedir á ustedes que me trajeran un cura para confesarme de toda mi mala vida pasada; pero luego pensé..... pensé..... fui atando cabos..... y me dije: — Bueno; la propiedad privada será tan natural como justa, la desigualdad de fortunas irremediable, tanto que no faltarán nunca pobres y ricos, como tampoco harán falta jamás sanos y enfermos; pase eso de que la caridad cristiana es el gran remedio de nuestros males; pero ¿por qué se nos ha de estar siempre sermoneando á los pobres que tengamos resignación y paciencia, que no atentemos contra los bienes ajenos, que renunciemos á la revolución social, y más aún á los motines anarquistas, y se ha de dejar en paz á los Gobiernos y á los ricos para que exploten á los obreros y campesinos por sus respetos?

—Eso no es verdad, amigo Crispín; antes al contrario, en la Encíclica que dejé á V. el

otro día, ha podido V. leer que «debe el Estado, por razón de su oficio, atender al bien común. Y cuanto mayor sea la suma de provechos que de esta general providencia dimanare, tanto será menos necesario tentar nuevas vías para el bienestar de los obreros.» Más aún: entiende el Papa que «debe la autoridad pública tener cuidado conveniente del bienestar y provechos de la clase proletaria», tanto porque todas las clases, altas é infimas, son de igual condición en la sociedad civil, cuanto porque la clase proletaria es sin comparación la más numerosa, y no protegiéndola, se «violará la justicia»; que manda dar á cada uno su derecho.»

—Es que las clases ricas perecerían irremisiblemente sin el trabajo del obrero.

—¡Valiente noticia! Mejor que nadie lo dice eso el Papa, deduciendo por consecuencia que la autoridad debe poner sumo empeño en cuidar del bien de los obreros.

—¿Y qué cosas son esas?

—Los bienes del alma, el descanso unido con la Religión, los bienes temporales, la equidad en el jornal ó salario, el favor á la propiedad privada, de manera que se multi-

plique todo lo posible el número de los propietarios, las asociaciones ó gremios de obreros vivificados por el espíritu cristiano, etc., etc. Con razón ha sido llamado, pues, el inmortal Pontífice León XIII, el *Papa de los obreros*, porque es el primero de los soberanos del mundo que ha venido en su auxilio con su palabra mágica é influencia poderosa.

—¡Dios se lo pague!—dijo Manuela.

—Y diga V., D. Vicente, los amos ricos y grandes industriales, ¿se cruzan de brazos ante tanta miseria como nos agobia?

—Los industriales *judíos* y enemigos de Dios y de su Iglesia santa, no tienen más Dios ni Santa María que el *millón*, y en sus altares sacrifican diariamente numerosas cuadrillas de obreros; pero los amos é industriales católicos, secundan la salvadora acción pontificia poniendo en práctica cuantos remedios religiosos y económicos les sugiere su inteligencia previsorá y corazón generoso.

—¿Pueden saberse?

—Claro que sí. En primer lugar, todos cuantos recomienda el Papa, y que apuntados quedan; y en segundo, convenientemente aplicados según las circunstancias de

lugar, tiempo é industria, los que siguen:

*a)* La disminución de las horas de trabajo, acercándose todo lo posible á las ocho horas si la concurrencia económica y la índole de las operaciones lo permitieran y exigiesen.

*b)* El aumento proporcionado de los jornales en armonía con las mayores exigencias de la vida moderna y valor menor del dinero.

*c)* La participación en las ganancias en las industrias y con los operarios que sea posible.

*d)* Las cajas de ahorros, los montes de piedad y los préstamos gratuitos.

*e)* Las sociedades cooperativas y de socorros mútuos.

*f)* Los seguros de fábricas, maquinarias, herramientas, caballerías, de incendios, sobre la vida, montepíos, etc., etc.

*g)* Las indemnizaciones á las víctimas del trabajo, prudentemente concedidas por el Estado, la provincia, el Municipio, ó las grandes empresas, según las personas y casos.

*h)* La estabilidad en los compromisos li-

brememente adquiridos, tanto por parte de los amos como por parte de los obreros.

*i)* La protección á las pequeñas industrias y al taller doméstico.

*j)* Los barrios de casas higiénicas y baratas para obreros, de las cuales puedan llegar á ser éstos propietarios, después de haber pagado durante cierto número de años un alquiler módico.

*k)* El servicio médico gratuito.

*l)* La cristianización de los talleres por medio de emblemas, cánticos y rezos religiosos, y el descanso y santificación del domingo y demás fiestas de guardar.

*m)* La reglamentación moral é higiénica del trabajo de la mujer, especialmente soltera, del niño y del anciano.

*n)* La instalación en las grandes fábricas de capillas, asilos, enfermerías, escuelas y gabinetes de lectura, bajo la inteligente y desinteresada dirección de personas religiosas.

*o)* La difusión de buenos libros, folletos y periódicos entre los trabajadores.

*p)* La creación de círculos religiosos, morales, instructivos y de honesta recreación para los obreros, en los cuales encuentren

descanso, educación y solaz, simultáneamente su alma y su cuerpo.

g) Y, en suma y por último, todo cuanto sin detrimento de la justicia pueda contribuir á mejorar las costumbres del trabajador, infundiéndole hábitos de trabajo, de ahorro, de resignación cristiana, de amor, respeto y obediencia, primero á Dios que es el *Amo de los amos*, y después á cuantos en su nombre ejercen autoridad en la tierra, aumentando su bienestar temporal y poniéndole en condiciones de poder lograr más fácilmente su salvación eterna.

—Pan y Catecismo, D. Vicente (añadió Juanito), y con eso está dicho todo: pan para el cuerpo y hojas de Catecismo para el alma; porque, fijese V., Crispín, y verá que todos los medios apuntados, ó tienden á alimentar el cuerpo del obrero, aumentando su salario y hasta convirtiéndolo, si posible fuera, en capitalista, ó tienden á adoctrinar su alma para que las buenas ideas produzcan buenas acciones.

—Perfectamente, Juanito, perfectamente: hablas como un libro.

—Si me hicieran Vds. bueno todo eso, hoy

mismo reñía yo para siempre con todos los compañeros socialistas y anarquistas del mundo.

## V

### El salario cristiano.

RECORDARÁ V., amigo Crispín, cuántos y cuántos remedios materiales y morales pueden aplicarse de buena fe á la solución del conflicto obrero, pues la tarde anterior no hablamos de otra cosa.

—Mucho que sí, D. Vicente, y la verdad es que si los burgueses quisieran ponerse en lo justo, me parece que llegarían á desarmarnos.

—No son únicamente los burgueses, como usted dice, los que tienen la culpa de que insensiblemente hayamos venido á parar á situación tan triste; somos todos, burgueses y proletarios, capitalistas y obreros; pero de una manera especial los economistas protestantes de Manchester, los cuales han ideado doctrinas de las que lógicamente resulta que el

obrero no es una persona racional como otro hombre cualquiera, sino una máquina productora de trabajo, cuyo salario debe regularse por lo que se desgasta y gana, procurando que tenga lo suficiente para reparar sus fuerzas individuales; pero nada más. Es decir, convirtiendo el trabajo manual en una mercancía como otra cualquiera, cuyo precio ó salario cae, como todos los demás, bajo la ley de la oferta y la demanda, é imposibilitando al obrero para que llene uno de los más sagrados fines de su naturaleza, constituyendo familia por medio del matrimonio santo y criando hijos para el cielo.

—Cuánta razón tiene V., amigo D. Vicente; eso es peor todavía que la antigua esclavitud, porque entonces, al menos, el amo tenía obligación de mantener, no solamente al esclavo, sino también á su familia, y los amos modernos se desentienden de sí el obrero es soltero ó casado, y en este caso se consuelan diciendo que trabajen todos, mujer y niños hasta de pecho, jóvenes y ancianos, y el día que se rompa ó se pare la máquina, que no coma hasta que la compongan, y si no tiene compostura, al almacén de lo inútil con ella.

—Precisamente contra esta moderna esclavitud clama el Romano Pontífice en su famosa Enciclica que V. ha leído. ¿Lo recuerda usted?

—Perfectamente; lo que es en ese punto ha puesto el dedo en la llaga.

—Pues para mí todavía es de más transcendencia lo que dice acerca del salario, refutando concluyentemente las doctrinas económicas de los protestantes ingleses.

—¿Qué dice, D. Vicente, qué dice?

—Ya lo leímos el otro día; pero todo puede reducirse á pocas verdades de sentido común que la ciencia económica menosprecia, pero que tienen en su apoyo al Derecho natural.

—¿Qué verdades son esas?

—Primera: que el trabajador no es una máquina, sino una persona racional, igualmente redimida por Cristo que el capitalista. Segunda: que el salario no debe regularse por la ley general de la oferta y la demanda, pues el obrero tiene derecho á que se le pague lo suficiente para su manutención y la de su familia. Tercera: que es contra todo derecho divino y humano oprimir en nuestro provecho

á los indigentes y menesterosos, y explotar la pobreza ajena para el lucro propio.

—Eso es hablar claro y bien, ¡caracoles!

—Pues, amigo Crispín, diecinueve siglos hace que viene hablando así la Iglesia católica; pero muchos la oyen como quien oye llover, y de ahí los males que todos lamentamos y que en días aciagos pagaremos todos, justos y pecadores.

—Pero esos empresarios y capitalistas malditos, ¿por qué no ponen en práctica consejos tan justos?

—Porque la mayor parte son judíos, racionalistas, protestantes, incrédulos, etc., y hacen el mismo caso de las enseñanzas de la Iglesia que de las coplas de Calainos.

—¿Y los amos católicos?

—Hacen lo que pueden, y todo esto y mucho más están poniendo en práctica en sus grandes talleres, colonias y fábricas; y para que se convenzan Vds. de que no se trata aquí de novelas, es decir, de hechos imaginarios, sino de ensayos realizados ya con el éxito más feliz, citaré nombres propios de personas y de fábricas, para que pueda comprobar mis palabras todo el mundo. Precisamente he traído

un periódico francés que hoy ha caído en mis manos, en uno de cuyos artículos, que voy á traducir, se hacía la apología de Mr. Harmel y de su fábrica de Val-des-Bois. Oigan ustedes:

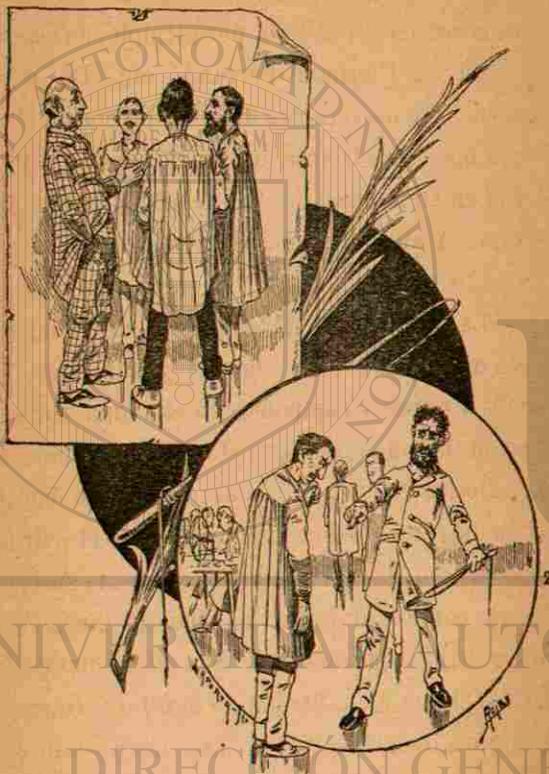
## VI

**Modelo de amos cristianos.**

EL nombre de Mr. Harmel es casi ignorado, así como su fisonomía casi desconocida en el mundo religioso, donde ocupa un alto lugar por ser el inventor y el organizador de las peregrinaciones de los obreros á Roma, afirmando, con esa fe que transporta las montañas, que solo la Religión es capaz de darnos la paz social entre patronos y obreros.

De mediana estatura, aunque de vigorosa corpulencia, Mr. Harmel, que tiene cincuenta y cinco años, es infatigable para el trabajo que voluntariamente se ha impuesto. Se le ve en todas partes, en Francia, sembrando la semilla de su palabra. Con mucha frecuencia, para no perder minuto, despacha su corres-

pondencia desde el coche, viajando por los ferrocarriles. Apenas ha tenido tiempo en una



- 1 Mr. Harmel, modelo de amos cristianos.  
2 Mr.... Cualquiera, copia de amos judíos.

ciudad para ocuparse en los asuntos relativos á su obra y de celebrar una conferencia,

cuando sale para otra ciudad. Nadie, incluso su familia, puede decir con toda certeza dónde se halla en un momento dado de sus rápidas correrías; se le cree, por ejemplo, en Caen, y está en Clermont-Ferrand, etc. De esta suerte vive once meses del año, no concediéndose más que treinta días de descanso, que pasa en su fábrica de Val-des-Bois, cerca de Reims. Y aun allí, en esos treinta días, trabaja de firme.

»La fábrica de Val-des-Bois es de hilados, está dirigida por Mr. Harmel y sus hijos, y amos y obreros componen en ella una corporación basada en la idea de las asociaciones religiosas. Existen allí la asociación de hombres mayores de diecisiete años, bajo el patronato de San José; la de jóvenes, desde su primera comunión hasta la edad de diecisiete años, bajo el patronato de San Juan Bautista de La Salle; la asociación de San Luís Gonzaga, para los niños que no han hecho aún la primera comunión; la asociación de Santa Ana, para las madres de familia, etc., etc.

»Las instituciones económicas comprenden un Consejo general; otro profesional; una sociedad anónima cooperativa (carnicería, pana-

dería y compras directas de mercancías); una sociedad de socorros mútuos; una caja de ahorros; otra de previsión; otra de anticipos y préstamos; una compañía de bomberos, etc.

»Hay también una sociedad de *preservación* de la juventud, dividida en secciones.—Lecturas sanas.—Música instrumental.—Coral.—Canto.—Gimnasia.—Declamación.—Tiro.

»En París ha fundado Mr. Harmel la Unión fraternal del Comercio y de la Industria, de la cual depende la *Secretaría del Pueblo* y la *Unión cristiana de los talleres de mujeres*. Esta última asociación tiene por objeto lograr que se ejerza por las obreras de más edad una especie de vigilancia sobre las más jóvenes, á fin de que éstas no se desvíen del camino recto.

»La *Secretaría del Pueblo* es el consultor gratuito de los asociados, y les procura los informes de toda clase que pueden necesitar, encargándose también de la correspondencia.

»¿Ha encontrado Mr. Harmel la solución de la cuestión social? No es fácil responder á esta pregunta; pero lo que sí es muy cierto,

lo que puede afirmarse, es que sus mil quinientos obreros le adoran, y no le llaman nunca el *amo*, sino el *padre* y hasta el *buen padre*.

—¿Qué le parece á V., Crispín?

—¡Qué me ha de parecer! Que si admite zapateros tullidos como yo, ya pueden ustedes buscar una recomendación para que me admita.

—Pues con tanta *cofradía*, aquella fábrica parecerá un gran convento, — dijo Manuela.

—Eso es lo que menos me gusta (observó Crispín), porque para ser bueno no se necesita rezar tanto, ni tantos curas, monjas y frailes.

### La sotana y la blusa.

Os parecerá á vosotros; pero, sin religión, lo más natural es que el pez gordo se coma al chico, el capital se meriende al trabajo,

el amo esclavice al obrero, y, el día que pueda, el obrero aplaste al amo.

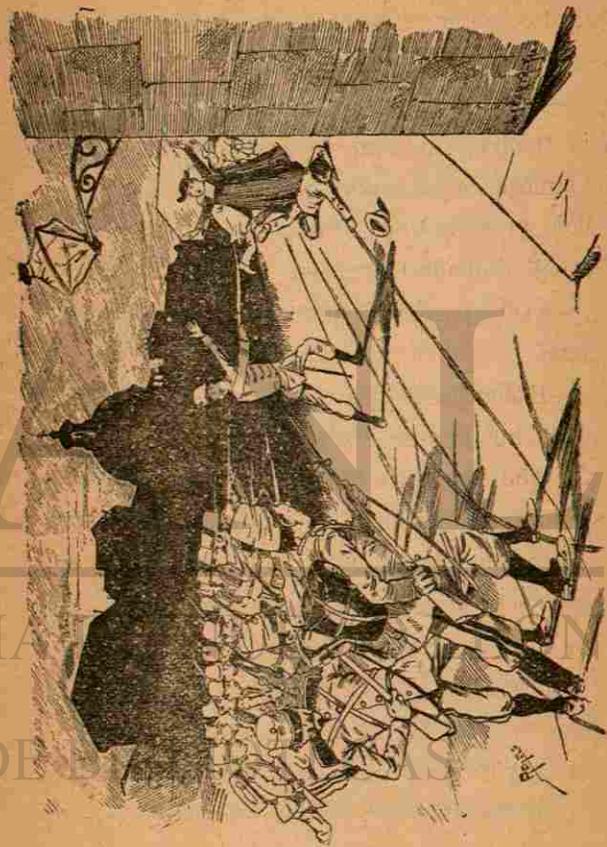
—Mire V., D. Vicente, en esta clase de asuntos, *obras son amores y no buenas razones*, como dice el dicho.

—Pues, amigo Crispín, el año pasado por este tiempo (interrumpió Juanito), hicieron-se famosos en el mundo por su conducta heroica, el cura y coadjutor de un pueblo de Francia llamado Fourmies.

—¿Qué pasó, qué pasó?— preguntó Manuela.

—Exacerbadas las pasiones con motivo de las huelgas de Mayo (dijo D. Vicente), hubo que recurrir á la fuerza armada contra los obreros amotinados de Fourmies. Las cosas llegaron á tal punto, que el jefe de aquella tropa vióse precisado á dar la voz de *¡fuego!*, y de entre los grupos del pueblo salió un grito maternal, desgarrador, que clamó dirigiéndose á uno de los soldados: —Hijo mío, no tires: soy tu madre. — El soldado dejó caer el fusil de las manos; pero sus compañeros de armas obedecieron la voz de mando, y haciéndoles una descarga cerrada, ametrallaron á sus hermanos. Comenzaba á correr la sangre,

cuando se abrieron de repente las puertas de la iglesia parroquial, y el cura y su coadjutor,



¡Hijos míos, no tiréis á vuestros hermanos...!

exponiéndose á perder la vida, interpusiéronse entre la fuerza armada y el pueblo, pi-

diendo á voces y por las entrañas de Cristo que cesase el fuego, y gritando con voz llena de caridad á los soldados: — «¡ Hijos míos, no tiréis á vuestros hermanos.» La madre no fué oída más que de su propio hijo; el pueblo paisano fué fusilado por el pueblo militar, pues el soldado es hijo del pueblo, y en aquel momento terrible, la *blusa* del obrero no tuvo más amparo ni otra protección que la *sotana* del cura.

—No hay que darle vueltas (añadió Juanito), los curas y frailes, como Vds. dicen, son los únicos que vienen predicando caridad, caridad y caridad, hace diecinueve siglos, y los primeros que, secundando la iniciativa poderosa del Romano Pontífice, han emprendido esa campaña colosal en favor del pobre obrero, que, tarde ó temprano, ha de arrancar á los trabajadores del poder de la revolución y de la anarquía, para postrarlos resignados y agradecidos á los pies de nuestro divino Redentor Jesucristo. La *blusa* y la *sotana* son hermanas gemelas. El sacerdote católico es hijo del pueblo como el obrero; es pobre como el obrero; trabaja sin cesar intelectual y moralmente, de la misma manera que mate-

rialmente trabaja el obrero; ha sido despojado por los revolucionarios desamortizadores de sus bienes legítimos, lo mismo que de los bienes de propios, comunales, píos y benéficos los obreros menesterosos, y es el único dispuesto á sacrificar su reposo, su hacienda y hasta su vida por el obrero.

—Así es, en efecto, Juanito (replicó don Vicente). Los sacerdotes de Fourmies expusieron su vida por la de sus ovejas, y demostraron ante la faz del mundo entero, que la cuestión obrera únicamente encontraría solución estable en las doctrinas y prácticas de Cristo y de su Iglesia santa.

Tan conmovidos quedaron los zapateros con este relato, que D. Vicente se retiró diciéndoles:

—El domingo, por ser el primero de Cuaresma, tenemos comunión general en la iglesia de San Juan del Hospital.

—¿A qué hora, D. Vicente? — preguntó Manuela.

—A las siete y media de la mañana,—contestó Juanito.

**¡Viva la Pepa, y caiga quien caiga!**

EL terrible Crispín estaba completamente domesticado; no había ido, como su mujer, á la comunión general de las Conferencias, pero hacia cuanto D. Vicente le ordenaba, prometiendo confesarse, y deleitándose ya en la lectura de hojas cristianas y hasta de libros piadosos. Como para darle la acometida última, el golpe de gracia, visitáronle D. Vicente y Juanito, dispuestos á leerle dos documentos que á prevención llevaban, á cuyo efecto prepararon antes el terreno.

—Crispín, ¿tiene V. noticia de los sucesos de Jerez?

—Algo me han contado, porque como ya no quiero asistir á la *Federación*, ni recibir periódicos de los antiguos compañeros.....

—Usted no ha estado nunca bien entre aquella gente, porque V. es un hombre de bien á carta cabal, lo que se llama un hombre honrado, en toda la extensión de la palabra.

—Pobre, enfermo y desgraciado como el que más, amigo D. Vicente; pero aunque me esté mal el decirlo, á hombre honrado nunca me ha ganado nadie.

—Pues entonces, ¿cómo y por qué figuraba usted en Barcelona entre los anarquistas?

—Porque me gustó muchísimo lo que nos predicó una noche aquel ruso nihilista que mal chapurreaba el castellano, y que creo se llamaba Bakunín, según me dijeron.

—¿Qué fué?

—Pues nada, que los socialistas eran unos burgueses, que creían en el Estado providencia, así como los curas creen en la Providencia divina, y que era preciso barrer á unos y otros, si queríamos que el hombre volviese á su estado primitivo y perfecto, mediante el *aformismo*, sí, aformismo decía, y suprimiendo todo lazo social entre las gentes.

—¿Pues qué quería Bakunín?

—Una friolera: supresión de los Estados, federación internacional y completamente libre de los trabajadores; nada de autoridad, de religión, de gobierno, de familia, de partidos, ni de sufragio universal; sino huelga general, revolución permanente, propaganda

antipatriótica, y, como decían los catalanes, ni *trona* ni *trono*.

—Vamos, sí, *ni Dios ni amo*.

—Justamente.

—¿Y podía V. vivir entre tales hombres?

—¿Qué mal hacían á nadie?

—De manera que se figuraba V. que todo aquello era pura broma, y que nunca se habrían de poner en práctica tales doctrinas.

—Hombre, del dicho al hecho hay gran trecho.

—Pues mire V.: los discípulos de Bakunin, es decir, los anarquistas ó nihilistas rusos, asesinaron al emperador Alejandro, y se la tienen jurada á su hijo el Emperador actual; y los anarquistas de Jerez, después de cometer otros atropellos, asesinaron á un pobre burgnés, á quien no conocían ni siquiera de vista, *por el delito enorme de llevar guantes*.

—Oiga V., D. Vicente (añadió Juanito sacando un periódico), y no contentos con eso, amenazan de destrucción á la sociedad entera, en el siguiente documento feroz de los hermanitos:

« Considerando que todo cuanto existe y

aprovecha para el bienestar y goces de los hombres, ha sido creado por la fecunda actividad de los trabajadores;

» Que por efecto de la absurda y criminal organización de la sociedad presente, los trabajadores lo producen todo, y los ricos holgazanes se lo quedan entre sus uñas;

» *Declaramos á los ricos fuera del derecho de gentes, y para combatirlos como se merecen y es necesario, aceptamos todos los medios que mejor conduzcan al fin, incluso el hierro, el fuego y aun la calumnia.*»

—¿Quién firma ese manifiesto? —preguntó como avergonzado Crispín.

—Nadie; atribuyen los periódicos esta sentencia á una sociedad que se titula á sí misma *de pobres contra sus ladrones y verdugos*.

—Muy bien puede ser una invención de los papeles.

—Claro que sí; pero los regicidios, los asesinatos, los incendios, los petardos, etc., etc., ¿son también invenciones?

—Pues justo es que el que la haga la pague.

—Ya la han pagado en garrote vil cuatro infelices de Jerez.

—Lo único que yo siento (observó Juanito), es que siempre se rompe la cuerda por lo más delgado; y mientras esos pobres incautos subían al patíbulo, los autores morales de sus locuras y crímenes, redactaban y repartían hojas incendiarias, que chorrean sangre é inoculan sin cesar el veneno del anarquismo en almas ignorantes y sin ventura.

—El hijo del *Lebrijano* no ha podido resistir el cuadro horrible de su padre muerto en garrote vil, y el desgraciado ha fallecido de dolor y de vergüenza.

— ¡ Infelices ! — exclamó Manuela, á la vez que podía ahogarse á Crispín con un cabello.

— ¿ Quieren Vds. oír el documento que firmó el *Lebrijano* en la capilla para que se hiciese público después de su afrentosa muerte?

Crispín, hondamente abatido, no contestó; pero Manuela dijo:

— Lea V., D. Vicente, lea usted.

— Dice así:

« Cercana la hora de comparecer ante el Tribunal de Dios, conviene, para descargo de mi conciencia, recuerdo de mi hijo y ejemplar

idad de los hombres, hacer constar pública y solemnemente que he profesado, por mi desgracia, las ideas disolventes del anarquismo, engañado por la prensa anarquista, que, explotando la escasa instrucción del obrero, inculca teorías que son contra la justicia y la razón.

» Quiero y deseo que mi hijo y compañeros, los obreros, sepan que los periódicos anarquistas nos engañan miserablemente, trayendo á los ilusos á la situación triste en que me encuentro.

» Estoy convencido que muchos de los que antes nos predicaban sus ideas, se muestran hoy indiferentes ante nuestra desgracia.

» Aconsejo, pues, á todos nuestros compañeros los obreros, que rechacen las predicaciones que se les hagan que no sean justas y razonables, y que para poder apreciar éstas sean honrados trabajadores, y tengan fe en Dios y en nuestra Religión, que predica la fraternidad de todos los hombres.

» Así lo declaro en mi última hora, creyendo que hago un favor á mi hijo y á los obreros que, dejándose llevar de las teorías anarquistas, puedan algún día verse en mi triste

situación, y firmo la presente declaración, que autorizan con su firma el señor teniente de guardia de la capilla, D. Francisco Romero; el hermano de la Paz y Caridad, D. Simón de la Sierra; mi confesor el presbítero D. Eduardo Marmolejo; el padre dominico Fr. Joaquín Pérez; el presbítero D. Manuel Cortina; el teniente de caballería D. Tomás Fajardo; el director de la cárcel D. Federico Varela; el médico D. José Benítez, y dos periodistas. »

Esta lectura produjo en los zapateros del sotabanco extraordinario efecto. La conmoción de Crispín, mezclada con honda pena, compasión grande y arrepentimiento leal, desbordóse al fin hacia fuera, y se tradujo en lágrimas, que corrían hilo á hilo por aquella faz botihinchada; también lloraba la zapatera, y aquel cuadro, ejemplar y tierno á la vez, mantenía á D. Vicente y á Juanito en silencio embarazoso.

### Dicha cumplida, solo en la otra vida.

Á la siguiente visita, los socios de San Vicente de Paúl encontraron abatidos y melancólicos á los zapateros: á Manuela porque su marido había empeorado, y á Crispín porque el anarquismo y sus ruidosas fechorías dejábanse oír hasta en aquellas recónditas alturas. Tanto, que D. Vicente creyó oportuno distraer al matrimonio zapateril en los siguientes términos:

—Vaya, vaya, Crispín, no hay motivo para tanto; y V., Manuela, no alarme al enfermo con sus negras exageraciones. ¿Que han hecho Vds. del libro *Páginas edificantes*?

—Aquí está; pero, ¿quién piensa en leer cuando no hay pan ni salud?

—Pan, ya traemos nosotros; la salud la enviará Dios, si conviene, cuando nadie se acuerde de semejante cosa. Claro está que *dicha cumplida, solo en la otra vida*; pero más hace el que quiere que el que puede. Venga,

venga el libro y lea V. Juanito, este artículo.

Tomó Juanito el volumen, y leyó lo siguiente:

«EL TÍO MARISANTA.

»Ignoro si siempre ha sucedido lo mismo,



El tío Marisanta.

y no me atrevo á preguntárselo á la Historia, conspiración permanente contra la verdad en

opinión de personas graves y fidedignas. No obstante, parece averiguado (pues lo pregona á voz en grito el mundo todo), que la humanidad continúa siendo doliente; en otros términos, que la felicidad no es patrimonio del hombre.

Sin embargo, aunque rara vez, y donde menos se piensa, el curioso observador tropieza con personas verdaderamente felices, felices, se entiende, en cuanto lo permite este mundo sublunar, nuestra morada. Prueba lo anteriormente dicho el tío Marisanta, vecino de cierto lugar que yo me sé, honrado y temeroso de Dios, que con su permiso y el de mis leyentes benévolos, por primera vez sale hoy á la escena pública.

»Miradle: corto de estatura, ancho y cargado de espaldas, de buenas carnes sin ser obeso, faz sonrosada, piel curtida y de pocas arrugas, encías no desprovistas por completo de dientes, ojos rasgados y vivos, frente espaciosa, que orlada de cabellos blancos reluce y se prolonga hasta el occipucio; viste alpargata abierta, faja y medias azules, chaleco negro de pana, camisa de estopilla, y calzones, chaqueta y capote con mangas y capu-

cha de cordellate pardo. El conjunto choca y atrae.

»Pocos rasgos son suficientes para dibujar su fisonomía moral.

»Cristiano viejo á la antigua usanza, vive constantemente en paz con sus prójimos y consigo mismo; no le asusta el trabajo, ni le agujonean deseos irrealizables; ni le cansa la vida, que pasa siempre satisfecho y contento, ni le aterrera la muerte, que considera próxima á visitarle. Habla mucho, y éste es su defecto único; pero en cambio lleva siempre el corazón en la mano.

»Para acabar de conocerle, lo mejor es salirle al encuentro.

—¿Qué tal, tío Blas, cómo andamos?

—»Pitico, D. Manuel, pitico; aún estoy tal cual para mis años.

—¿Cuántos tiene V.?

—»No me acuerdo; pero V. sacará la cuenta. Cuando la guerra del francés ya era yo mozo..... Como que me casé apenas me dejaron en paz.

—¿Y cuántos tenía V. al casarse?

—»Me paice que veintidós ó veintitrés.

—»Entonces está V. cerca de los noventa<sup>1</sup>.

—»¡Caspitina! ¡Si paice que era ayer cuando vinieron aquellos renegaos!

—¿Hizo V. la guerra?

—»Sí, señor, y á mucha honra. Aún me bailan los pies y me retoza la sangre en el cuerpo pensando en la corrida en pelo que les dimos á los franchutes.

—¿Y quién le puso á V. el mote de Marisanta?

—»¡Palleta! D. Manuel, eso es muy largo de contar, y de seguro le hará dormir á usted mi charla.

—»Al contrario: precisamente tengo curiosidad por conocer sus desventuras.

—»Pero, ¿de veras quiere V. que le cuente mi historia?

—»De veras.

—»Atención, pues, y mano al botón. ¿Se acuerda V. de mi padre?

—»No, señor.

—»Pues era el más pobre del lugar, y entre chicos y chicas tuvo nueve hijos. Yo nací

<sup>1</sup> Este artículo se escribió en Octubre de 1877.

el tercero, y mientras mamé no tuve hambre; pero apenas me destetaron, empecé á no comer siempre que tenía ganas. Hacían mis delicias los mendrugos de pan que por caridad me daban los vecinos, y que comía yo escondiéndome para que no me los quitasen mis hermanos mayores. Si lograba algún rosigón de pan blanco, me sabía á gloria. Así que me fui solo, me enviaron á la escuela y á la Doctrina. Aprendí el Catecismo de corrido; pero en los estudios no pasé de la Jesús. A los cinco años me sacaron de la escuela, me dieron una cesta y una escoba, y me dedicaron á recoger estiércol por calles y caminos. ¿Pues querrá V. creer que aún me quedaba tiempo para apedrear perros en compañía de otros pilletes como yo?

—»Malo era V., por lo visto.

—»Malo, no señor, travieso; pues aunque me ve V. tan chafao, yo siempre he sido hombre de chispa y de buen humor.

—»Vamos, que algo queda.

—»Pues sí señor, que el que tuvo, retuvo y guardó para la vejez, como dice el dicho; pero buena diferencia va.... ¡Quién me ha visto y quién me ve!.... Luego, de mozalbete,

me dedicaron á la rueda y á la carda. Hilaba estopa y cardaba lana. y cuando no había otra cosa que hacer y me salía jornal, iba al campo. Siempre trabajando mucho, comiendo poco y vistiendo peor, hasta que quiso Dios que me tocó ir á servir al Rey; y se cambió la tortilla.

—»¿Mejóro V. de fortuna en el servicio?

—»¿Quién habla de mejorar, santo varón? Nunca he llevado vida más aperreada, pero tampoco tan alegre. En fin...., V., que es muy leído, sabe mejor que yo lo que pasó en la guerra del francés. Cuando se acabó, me vine al pueblo y me casé.

—»¿Tendría V. algún ahorriillo?

—»Sí, señor, cinco dedos en cada mano, otros tantos mi mujer, y la Providencia divina, que es un manto que todo lo tapa. Apenas salimos de la iglesia, nos pusimos ella á hilar estopa y yo á cardar lana. Entre los dos ganábamos para no morirnos de hambre, y éste fué el pan nuestro de cada día durante los ocho años que nos concedió el Señor de matrimonio.

—»¿Y los hijos?

—»Tuvimos seis, y por lo visto cada uno

traía un pan debajo del brazo al venir al mundo, pues nunca nos faltó que comer. Se nos llevó uno el sarampión, y, cuando mi pobre Mónica bajó al hoyo, me quedaron cinco renacuajos como cinco polluelos sin clueca; los cinco cabían debajo un panderero. ¡Válgame Dios! Al principio me apuré mucho; pero luego me fui acostumbrando á todo, y, robando algunos ratos al jornal, lavaba, vestía, peinaba y daba de comer á mis hijos como lo hacía su difunta madre. Los domingos barría la casa, y, cuando no tenía otra cosa que hacer, tomaba mi cesta ó mi cántaro debajo del brazo, y me marchaba muy serio al río por agua y á lavar la ropa sucia. Pues, créame usted, aún me quedaba tiempo para ir todos los días á Misa de alba y al Rosario. ¡Pobrecico de mí! Porque me veían hacer de mujer y frecuentar la iglesia como Dios manda, me sacaron el mote.... que V. sabe.

—¿Tío Marisanta?

—El mismo. ¡Cómo ha de ser! ¡El Señor me lo tome en cuenta y me perdone! Mucho se han burlado de mí en esta vida: pero es lo cierto que yo saqué adelante á mis hijos. Nunca les faltó un mendrugo de pan que llevarse

á la boca, no han echado de menos á su madre, los he criado en el santo temor de Dios, y ahí los tiene V. hoy día colocaos y con un decente pasar.

—¿Y por qué no vive V. con alguna hija?

—Eso me dicen ellas á todas horas; pero mientras me pueda ganar la vida no quiero cansar á nadie, ni siquiera á mis hijos.

—Pues qué, ¿trabaja V. aún?

—Sí, señor; paso el día derecho apartando lanas en la fábrica de bayetas, y gano ocho reales de jornal.

—Pero, hombre, ¿y puede V. resistir?

—Perfectamente, y como el Señor no me envíe algún ramo de perlesía, aún puedo tirar algunos años. Mire V., yo como de todo: nada, nada me hace daño; duermo como un bendito, y me gasto únicamente medio real en el cuarto, donde tengo mi jergoncico para dormir; otro medio en vino, que es la leche de los viejos, y dos reales en comer. Algún cigarrillo me fumo también de cuando en cuando, excepto en Cuaresma, que ayuno de tabaco; pero el día que menos, ahorro una peseta.

—¿Y para qué se impone V. tantas privaciones?

—»Por un por si acaso, D. Manuel, por un por si acaso. Mañana caeré enfermo, y ahí tienen unos dinerillos para asistirme; si me muero, para bien de mi alma y para enterrarme; y si algún hijo ó nieto tiene alguna desgracia, para sacarle del ahogo.

—»Por lo visto no reniega V. de su suerte.

—»¿Quién piensa en semejante cosa, don Manuel? No me canso de dar gracias á Dios por tantos beneficios como me ha dispensado y me dispensa.

—»Pocos imitan la conducta de V.: la mayor parte de los braceros del lugar, maldicen su estrella y viven hechos unos miserables.

—»¿Y sabe V. por qué? Yo se les digo canto y rezo, á todas horas, en la fábrica. Por que no tienen honra ni temor á Dios, y donde no hay religión no busque V. resignación para conformarse con los trabajos, ni privaciones para, con el ahorro, ir reuniendo poco á poco un capital que nos saque de apuros el día que sea menester, ni paz, ni buen humor.

—»Habla V. como un Santo Padre.

—»Al menos me ha ido tan bien con esta manera de pensar y he pasao tan alegremente la vida, que hace tiempo le dije á un alfarero

compadre mío: «Mira, chico, si Dios no lo remedia, el día menos pensao estiraré la garra, y quisiera me hicieses un ladrillo para ponerlo en mi sepultura, que diga lo siguiente:

«Alegre mi nacimiento,  
alegre mi mocedad,  
alegre mi casamiento  
y alegre en la eternidad.»

—»Muy bien (contesté riéndome): falta solo que se sepa quién es el muerto.

—»Tiene V. razón; pero se remedia poniendo encima:

»Sepultura del tío Marisanta.»

## X

### Petardo final.

SE había desarrugado ya el entrecejo de los zapateros con tan regocijada lectura, cuando de repente trepidó toda la casa, oyéndose á la vez detonación espantosa y el ruido especial que producen cien cristales que saltan en pedazos.

—¿Qué es eso?—clamaron á la vez nuestros interlocutores.

—¡Qué ha de ser! Falta de *Catecismo*, porque la destrucción sistemática podrá dar ruinas y escombros abundantes; pero *Pan...* de ninguna manera.

—Voy corriendo á averiguarlo,—dijo Manuela saliendo escapada del sotabanco.

Momentos después subió jadeante, indignadísima, asustada, y con frases incoherentes refirió que en la iglesia próxima de San Nicolás había estallado un petardo, abriendo un gran boquete en el muro, destrozando la capilla de la Purísima, no dejando un cristal en el barrio, pero sin causar desgracias personales porque el templo estaba desierto.

—¿Quién habrá sido el bárbaro?—preguntó Crispín entre dientes.

—¡Toma! Los mismos que dispararon en Barcelona el petardo que mató el otro día á una pareja enamorada; los que celebraron aquí en Nochebuena la venida del Redentor con aquellos petardos que estallaron en la Virgen, en San Andrés y en casa de Castillo; los autores de los petardos continuos que han resucitado en París la época del *Terror*; los que

promueven esas profanaciones y escándalos inauditos en la capital de Francia; los que acaban de ser conminados con esa ley dracónica de pena capital para todo por la republicana Cámara francesa; los que clavaron primero tres balazos en el cuerpo al pobre deán de Posen, y luego asesinóse unos á otros, suicidándose el sobreviviente al verse alcanzado por la policía; y los que se han propuesto destruir todo lo existente, como ellos mismos dicen, por medio del *hierro, del fuego y de la calumnia*.

—En una palabra, Crispín (añadió su mujer), tus compinches de antaño.

El zapatero se ahogaba, hizo ademán de querer incorporarse; corrió D. Vicente en su ayuda, dejó caer el primero la cabeza sobre el hombro del segundo, y abrazándole á la vez con efusión, dijo:

—Yo no puedo más, D. Vicente; que venga hoy mismo un sacerdote, que quiero confesarme.

—¡Gracias á Dios!—exclamaron todos los presentes.

FIN

**INDICE**

	<i>Págs.</i>
I. — No sólo de pan vive el hombre.....	3
II. — Caridad sí, pero filantropía no.....	13
III. — Las sanguijuelas de la caridad.....	19
IV. — La tabla de salvación.....	25
V. — El salario cristiano.....	31
VI. — Modelo de amos cristianos.....	35
VII. — La sotana y la blusa.....	39
VIII. — ¡Viva la Pepa, y caiga quien caiga!....	44
IX. — Dicha cumplida, solo en la otra vida....	51
X. — Petardo final. . . . .	61

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

### VAN PUBLICADOS

EL PORQUÉ DE LA RELIGION. — (3.<sup>a</sup> ed.)

MAS SOBRE LA RELIGION. — (3.<sup>a</sup> ed.)

SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS. — (2.<sup>a</sup> ed.)

¿QUE ES ESO DE LA CONFESION? — (2.<sup>a</sup> ed.)

BURGUESES Y PROLETARIOS. — (2.<sup>a</sup> ed.)

PAN Y CATECISMO. — (2.<sup>a</sup> ed.)

EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.

¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?

¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?

CATOLICOS Y MASONES.

GUERRA A LA BLASFEMIA.

CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomó en 8.<sup>o</sup> mayor de un  
páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.

460

00